

mi Dios y Señor, que tan adorable eres! De los mismos medios que nuestros enemigos habian concertado en Inglaterra para embarazarle el reynar. Quiero decir, de aquel famoso *Tra- tado de repartimiento*, que haciendo comprehender à los Españoles, que solo se queria desmen- brar su Monarquía para enriquecerse con sus des- pojos, les hizo tambien concluir, que para no perder ninguno de sus Estados, necesitaban de un Rey que pudiese conservarlos todos. ¿Y quién sino un Principe de la Casa de Borbon era por sí proprio bastante poderoso para embarazar la desmembracion?

¿De qué modo se sirvió Dios para asegurar el Reyno al Duque de Anjou contra todas las maquinaciones de sus enemigos? ¿Quereislo ver en un retrato bien natural, y en una figura bien sensible, que nos ofrece la Escritura? Del mismo modo de que ya se habia servido para ese- gurar el Reyno à Salomón contra todas las ma- quinaciones de Adonías. Este, dice el Espiritu- Santo, maquinaba violentamente para destro- nar al otro, y asegurado de un poderoso par- tido à su favor, se lisonjeó mas de una vez,

13. Reg. c. 1.  
v. 5.

que reynaria *Ego Regnabo*. ¿Pero qué inspiró Dios para desvanecer sus esperanzas? Vayan à saber del Rey mismo qual es su ultima vo- luntad sobre la eleccion de su sucesor; y el que señaláre, será el heredero de su Corona:

Ibid. v. 20.

*Domine mi Rex, in te oculi respiciunt totius Israel, ut indices eis quid sedere debeat in solio tuo post te.*

im

Es-

Esta fue la conducta que Dios inspiró se- tuviese à favor del Duque de Anjou. Casi to- das las Potencias de la Europa se conjuraron unidas para apartarle del Trono; y seguian su empeño con tanto mayor ardor, quanto cada una hallaba en él su particular interés. En su con- venio, además de todas las Plazas de los Países Bajos Españoles, mas inmediatas à la Francia, que se daban à los Holandeses, se cedia à la Casa de Austria una brillante Corona; à la de Saboya casi toda la Lombardía; à la de Portugal inmensos Países en las dos Españas; à la Inglaterra y la Holanda la mejor parte del Nuevo Mundo. Asi les parecia poder pro- meterse el exito à lo menos por su gran nu- mero: *Ego regnabo*. ¿Qué hizo, pues, el Se- ñor, para romper todas sus medidas, y para desvanecer su empresa? Quiso que en Madrid fuesen todos los Grandes à instar al Rey, que declarase su ultima voluntad; y por el tenor mismo del Testamento de Carlos Segundo, que fue generalmente aprobado en España, solem- nemente admitido en Francia, y visiblemente ratificado en el Cielo, confundió Dios de tal manera todos los vanos artificios de la multi- tud, que ni el Archiduque con todo su credi- to, ni el Imperio con todas sus fuerzas, ni la Saboya con toda su industria, ni Portugal con todos sus recursos, ni la Inglaterra, ni la Ho- landa con todos sus movimientos, pudieron de- tener la mano que decretó la Corona al Duque

de Anjou: *Domine mi Rex. . . . ut indices eis quis sedere debeat in solio tuo post te.*

¿De cuántos afectos opuestos fueron entonces combatidos nuestros corazones? Por una parte estabamos demasiado consternados de su partida para sentir bien el gusto de su triunfo; y por la otra nos interesabamos demasiado en su triunfo, para atrevernos à mostrarnos afligidos por su partida. ¿Que el despecho de no haber salido con su proyecto, lleve aora à las Potencias enemigas hasta el furor de quererle destronar? Pero vereis que el mismo Dios que le colocó en el Trono, allanandole todas las dificultades, le mantuvo en él, concediendole todos los apoyos.

A la vista de un nieto de Francia en el Trono de España, concibieron nuestros enemigos un odio mortal. Desvanecidos, como los hemos visto, de las esperanzas mas lisonjeras, no pudieron resolverse à renunciárlas, y no tardaron en imaginar pretextos para hacerlas revivir. El principal fue clamar contra el engrandecimiento de la Casa de Borbon, y publicar que todas las demás Coronas se hallaban en peligro de caer bajo del yugo de su Potencia. Segun lo que decian, iba esta à absorverlo todo y luego; y segun ellos, era necesario unirse todos para oponerse à sus progresos; y aunque en la substancia la ambicion del interés en los unos, y la embidia ò los zelos en los otros, fue siempre el movil de sus acciones, to-

dos convinieron en hallarse precisados à unirse por sus justas inquietudes. El mismo Principe, cuya propria hija acababa entonces de subir à el Trono de España con el nuevo Rey, no se tuvo por esento de la desconfianza y del temor comun. Con el velo de terror se negoció, se maquinó, y en fin se hizo una liga por todas partes à favor de las pretensiones del Archiduque, contra los derechos de Felipe V. y de una confederacion tan terrible, nació con el siglo aquel monstruo de cinco cabezas, que despues agitó, destruyó y ensangrentó à toda la Europa.

Representaos, pues, las dos Casas mas poderosas del Universo, que irritadas en todos tiempos con sangrientas guerras, conciben oy las mismas ideas sobre la España, y se valen de todas sus fuerzas para formar dos partidos opuestos. La una tenia por cabeza un Emperador, que representaba en el Trono toda la Magestad de los Cesares. A la frente de la otra se hallaba un Monarca, que habia reunido à su Corona todos los Laureles de un Alexandro. El uno reynaba desde las puertas del Asia hasta el Océano; el otro se habia mostrado digno de mandar el Universo. El primero contaba sobre el socorro de sus Aliados, la habilidad de su Consejo, la experiencia de sus Generales, y el numero de sus Soldados. El segundo, siempre solo contra todos, se habia mostrado hasta entonces siempre invencible; y despues de Dios,

en quien confiaba principalmente, descansaba en la justicia y terror de sus Armas, en la fidelidad de la victoria, en los prodigios de su Reynado y en las proezas de su valor. Aquel llevaba à su proprio hijo al Trono de nuestros vecinos. El nieto de éste se hallaba ya colocado en él; y alentados con la concurrencia, los dos jovenes Heroes se mostraban de una y otra parte resueltos à vencer ò morir.

Jer. 27. v. 15  
 ¿Quál de los dos saldrá con la empresa? Yo soy, dice el Señor, quien ha hecho la tierra, y la doy à quien quiero: *Ego feci terram, & dedi eam ei, qui placuit in oculis meis.* Enciendase, pues, el fuego de la guerra por todas partes; abrase todo el medio dia de la Europa; corra de un mar à otro, sin que todas las aguas del Mediterraneo y del Oceano puedan apagarle; ¿qué sucederá? Lo que el Universo vió entonces con asombro, que aunque toda la tierra pareció armada contra Felipe V. Dios le mantuvo contra toda la tierra. Diriais, que no se habian juntado tantas Naciones contra él, sino para dar mas solemnemente la ley à todas las Naciones; y que Dios solo habia permitido que tuviese tantos enemigos que combatir, para darle en ellos mas testimonios de su triunfo.

Pero aun hizo mas Dios: para manifestar mejor que era obra suya, le mantuvo, à pesar de las desgracias de la guerra: ¿y cómo podría yo pretender disimularlas aqui, quando

sirven à exaltar la grandeza de Dios mismo? Por espacio de mas de diez años enteros y consecutivos habia visto Felipe V. à su enemigo en el seno de sus Estados; le habia visto sublevar la Cataluña, asolar los Reynos de Aragon y de Valencia, destruir la Castilla, quemar su Flota y Galeones en Vigo, y hacer perder con ellos todas las riquezas de la Nueva-España, y todos los tesoros del Perú: le habia visto en dos ocasiones dueño de su Capital: habia sido testigo de su victoria en la Batalla de Zaragoza; pero en las dos unicas Batallas de Almansa y Villaviciosa le hizo Dios olvidar hasta la memoria de todas sus desgracias pasadas, y le concedió reconquistar sus Provincias perdidas, recuperar todas las Plazas, y triunfar de todos sus enemigos.

Mas hizo Dios: para castigar mejor à los Autores de una guerra tan injusta, quiso que los que habian desterrado la paz, la restaurasen: y que ellos mismos asegurasen al joven Monarca la Corona que le habian querido quitar. De este modo habia forzado en otros tiempos à Abs-  
 2. Reg. 6. 3.  
 v. 12.  
 tener à destruir sus propios proyectos, y afirmar en el Trono al Santo Rey Profeta, à quien habia intentado quitarse. Los Ingleses habian sido los primeros Autores de la Liga contra Felipe V. Los Ingleses fueron tambien los primeros à separarse de ella, y por su separacion no contribuyeron poco à disiparla.

No se contentó Dios con esto: para afirmar me-

mejor la Corona en las sienes del Rey de España, apartó à su competidor: lo llamó al Imperio, y lo estableció de modo, que pensar en adelante en engrandecerse más, hubiera sido medio de perderse.

Aun hizo mas Dios: los zelos de nuestros enemigos eran, el ver dos poderosas Coronas en una misma Casa. Dios quiso à lo menos darlos à conocer, que es digna, y que en efecto mereceria tenerlas ambas. Para esto dió à la Rama de España la feliz fecundidad, que sería oy suficiente para muchos Tronos; y de todos los ilustres pimpollos que han salido de ella, no hay uno que no se halle apto para poder servir de apoyo à todos los demás.

Deut. cap.  
13. v. 27.

¿Todo esto para qué? subamos siempre al origen: para embarazar, como habla el Espiritu-Santo, que nuestros enemigos creyesen haber prevalecido sobre Dios mismo: *Ne forte superbirent hostes, ac dicerent: manus nostra excelsa, & non Dominus fecit hæc omnia.* Para mantener la equidad en el orden de las sucesiones, para quitar à la Heregía la falsa esperanza de obtener en algun tiempo la superioridad sobre la Religion del verdadero Dios; para bendecir en la persona de un Rey Catolico la augusta sangre de un San Luis, y de tantos Reyes Christianisimos; para dar al mundo entero el magnifico espectáculo de ver reynar un Principe, que supo ser sumiso à Dios, aunque se vió independiente de los hombres; moderado

do en tantas grandezas, y virtuoso entre tantos escollos. Este fue Felipe V. y asi os lo representaré en adelante. ¿No he tenido, pues, razon para decir que fue un Rey segun el corazón de Dios? *Placebat Domino?* Acabais de verlo. Fue tambien segun el corazón de los vasallos: *Placebat hominibus*: es mi segundo punto.

### P A R T E S E G U N D A .

**L**OS Reyes son las imágenes de Dios en la tierra. En esta calidad deben trazar en ellos algun rayo de su gloria, la idea de su justicia, y las muestras de su bondad. Todo Monarca, para reynar gloriosamente, debe reynar por la gloria de su Reyno, por los intereses de su Pueblo, y por la conveniencia y felicidad de sus vasallos. La España halló en Felipe V. un Rey, que conocia todos los derechos de su Corona, y que supo hacerse obedecer; un Rey, que conocia todas sus obligaciones, y que supo hacerse amar: un Monarca, en fin, que reynó con dignidad, que reynó con equidad, y que reynó con bondad: tres titulos en que me fundé quando dixé, que era un Rey segun el corazón de sus vasallos. Procuremos profundizarlos bien.

¿Me negareis, que un Rey que hubiere reynado siempre como Rey absoluto, como Rey verdaderamente Christiano y Catolico, y como Rey magnanimo, haya reynado con dignidad?

Es-